

Recuerdos Viñamarinos

POR PEDRO PABLO GUERRERO

N i a la diosa Atenea ni a las musas. A la Divina Providencia invoca la primera frase de estas memorias escritas por un hijo de “padres respetables, pero honrados”, según bromea el propio autor, citando expresivamente la *Autobiografía* de Chesterton en el título-epígrafe que encabeza el texto.

En un ejercicio de evocación *ab ovo* como el de *Tristram Shandy*, el autor coloca las primeras páginas de estas memorias bajo la paternal égida de Egidio Poblete, “Ronquillo”, un ex seminarista malogrado por la amigdalitis, que se dedicó al periodismo y llegó a dirigir el conservador diario «La Unión» de Valparaíso, publicó una magnífica traducción de la *Eneida* y trajo al mundo siete hijos, nacidos de su matrimonio con Estela Varas Montero. Es precisamente el menor de ellos, narrador y crítico literario, nacido en 1919, quien escribe estas memorias nada prematuras. Inmemoriales, las llama él mismo, exagerando el lapso transcurrido entre los hechos narrados y su fijación en letras de molde.

No parece haber en el título una intención complementaria de subvertir la escritura autobiográfica ni menos de mostrarse como un rebelde perpetuo a la manera de Malraux (*Antimemorias*) o Leopoldo Castedo (*Contramemorias*). El prefijo “in” es apenas un gesto irónico, a tono con el humor del libro.

Tampoco hay mayores innovaciones formales. Apertura clásica: la niñez.

Según lo permite una salud caprichosa (¿habrá una relación causal entre las enfermedades pulmonares y la capacidad evocativa?), la



infancia de Hernán Poblete transcurre entre Quilpué, Viña del Mar y Los Andes, lugares donde se aplica a las primeras lecturas —«El Peneca», Gastón Leroux, Calderón de la Barca— y, sobre todo, a la observación de curiosos tipos humanos: agricultores de hábitos pantagruélicos, una profesora con revolucionarias ideas sobre el funcionamiento del cerebro y jugadores de rocambo que se reúnen en el hogar paterno los fines de semana. Uno de ellos es el capellán José Luis Fermendois, autor de la amenísima novela *Diablo fuerte*, de urgente reedición.

Será otro hombre de letras olvidado, el cronista Carlos Varas Montero, Montcalm, de «El Mercurio», quien descubra la vocación literaria de su sobrino Hernán Poblete, regalándole su primera máquina de escribir. Los años en el colegio en los Sagrados Corazones de Viña del Mar no hacen más que confirmar esta inclinación, estimulada por condiscípulos que escriben, debaten y emulan a Catón mediante contundentes piezas de oratoria. Menos graves, admiran a las liceanas y alumnas de las Monjas Francesas que pasean por Avenida Pedro Montt, convertida cada sábado en una “pequeña feria de vanidades” hasta donde acuden caballeros de guante y bastón, tocados con sombreros de paja o fieltro, según la época del año.

Una vida casi idílica, a la que no tardan en alcanzar las convulsiones de la historia. Hacia 1935 el debate político llega a las salas de clases. Poblete rechaza el fascismo europeo y su versión chilena, el nacismo de González von Marées. Tampoco simpatiza con el comunismo, pero el levantamiento de Franco en España lo pone en un dilema, sobre todo cuando asesinan a Federico García Lorca. Por defender al poeta al final de una clase de Literatura se enfrenta al profesor, el padre Augusto Salinas, y el tema deriva, en la clase de Religión, hacia la guerra civil española: “¿Es una guerra santa?” La discusión sube de tono y acuerdan zanjarla en una reunión de la Acción Católica del colegio. El bisoño polemista necesita argumentos y acude al padre Osvaldo Lira, quien le envía una larga carta de apoyo, reproducida, íntegra, en este volumen. Un documento de sumo interés, por donde se lo mire.

Junto a varios amigos, el autor termina por

ingresar a la Falange Nacional. Su nombre al comienzo le resulta sospechoso, pero luego se convence de que nada tiene que ver con la de Primo de Rivera. Es la opinión de muchos demócratacristianos chilenos, incluido uno de sus fundadores, Bernardo Leighton. Sobre las presiones que hubo para disolverla, Poblete aporta un interesante testimonio respecto de la actuación del obispo auxiliar de Santiago, Augusto Salinas (el mismo de la polémica sobre la guerra civil española), así como del papel que desempeñaron los dirigentes falangistas Patriocio Aylwin y José Piñera.

A medida que avanza el libro, las reminiscencias van adquiriendo un marcado acento político, pero no faltan sabrosos cuadros de la sociedad viñamarina y algunos de sus excéntricos personajes. El mundo de la radio, en el que Poblete trabajó durante años, es descrito con la amabilidad y nostalgia propias de alguien que lo conoció a fondo.

Inmemoriales abarca los recuerdos del autor sólo hasta la década del cuarenta. ¿Quiere decir esto que habrá una segunda parte? Ojalá, pues Hernán Poblete ya tiene un lugar asegurado entre los grandes memorialistas chilenos.

INMEMORIALES

Hernán Poblete Varas.
RIL Editores / Dirección
de Bibliotecas, Archivos y
Museos. Santiago, 2001,
197 páginas.

